

EL ECO DE CARTAGENA

Jueves 29 de Enero de 1880.

LA TRAPA
Y LOS TRAPENSES.

Con motivo de la entrada en este orden religioso de un personaje ruso, muy conocido en Paris, se hablaba estos días en todos los círculos de aquella capital del monasterio de la Trapa y de los religiosos que le habitaban.

La Trapa generalmente es desconocida, las reglas monásticas que allí se practican han sido defiguras. El eterno silencio de los trapenses ha servido de tema á fábulas sin número.

La Trapa está situada cerca de la aldea de Soligny, departamento de L'Orne.

Los monjes visten un hábito de lana ordinaria y oscura.

A todo el que entra á visitar el convento se le impone silencio. Sobre los muros se distinguen algunas inscripciones pintadas en letras negras. En cada celda caben por lo general tres camas, ó más bien tres tablas, colocadas sobre unas patas de hierro apoyadas en la pared.

Sobre cada una de estas tablas hay un jergon de paja y una manta; no usan sábanas ni almohada.

En un rincón de la misma pieza hay una vasija de barro y una escudilla con tierra amarilla. A la altura de un hombre hay una consola de hierro.

Las paredes de estas celdas no están completamente desnudas. A la cabecera de cada cama hay una imagen de Jesucristo, cuyo pecho abierto deja ver el corazón, atravesado por siete flechas. Además, hay cerca de cada cama inscripciones como éstas: del abad de Rancé, padre director del monasterio de la Trapa, que falleció en 1700.

«Tarde ó temprano debe acabar conmigo la muerte, y el término de mis días es inflexible»

«¿Qué he hecho yo? ¿Qué he hecho del tiempo que ha pasado? ¡Vivir, sin vivir en santidad, es vivir en insensatez!»

No permiten á los monjes tener luz en la celda en cuanto se acuestan. Acostarse en la Trapa es como sepultarse en vida.

Un silencio verdaderamente sepulcral reina en toda la noche.

A las dos de la madrugada tocan la campana y se levantan los monjes para ir á coro á los oficios de la mañana. Los domingos y días de fiesta, se levantan á la una, y dos veces al año, en Pascua y el día de la Asunción, se levantan á las doce de la noche.

Los oficios duran hasta las cuatro

de la mañana. Los monjes, en número de 150, se arrodillan sobre la piedra y oran en voz baja. Era como un sermón que se elevaba al cielo, á la luz de las lámparas y en medio de los vapores del incienso.

Terminados los oficios, pasan los monjes al dormitorio donde se arreglan y se lavan. Figúrense una sala larga, las paredes completamente desnudas, con ventanas muy estrechas. En el centro de esta sala están colocadas una fila de celdas de madera blanca, casi más pobres que un establo. Estas celdas no tienen puerta, se cubren por medio de una cortina de tela blanca. En cada celda hay un lecho como los que hemos descrito, encima una imagen de Cristo. En uno de los rincones una escoba.

En cada extremo del dormitorio hay una cubeta de piedra en medio círculo, con un radio de cerca de tres metros. Es donde se lavan los trapenses en grupos de á diez.

Del dormitorio pasan al refectorio, probablemente á las seis de la mañana. Es una pieza muy vasta: todos los trapenses pueden asistir. Tres filas de mesas se extienden desde la puerta de entrada, al fondo de la sala. De cada parte de la mesa había un banco. Entre asiento y asiento una escudilla de hierro blanco á guisa de asiento, tenedores y cucharas de madera. Cada monge lleva consigo su cuchillo. En el centro de las mesas hay vasos de barro, llenos de agua y botellas con sidra.

El alimento de los trapenses, en su mayor parte, se compone de frugales. Excepto para los enfermos, en todas las comidas hay pescados. Nunca se come carne. Lo común es legumbres, pan, algunas veces queso. Sidra y agua, ningún vino. La carne no entra mas que en la enfermería.

Es preciso haber visitado la Trapa para formarse una idea exacta del silencio y del rigor que reina.

Los monjes se encuentran, se saludan, sin decir ni una palabra. Se les permite leer y dedicarse á otras ocupaciones que les dan las apariencias de la vida. Ni una palabra. Una orden se da con un gesto y se recibe con otro. Una tercera parte de estos monjes son jóvenes; los demás son ancianos. A pesar del régimen alimenticio de la Trapa,—acaso sea por él,—todos disfrutan de buena salud.

Un antiguo proverbio dice que la mesa mata más hombres que la guerra.

Los trapenses solo pueden hablar fuera del monasterio.

La Trapa es un asilo para los penitentes.

Sobre su puerta se lee: «Refugium peccatorum.»

«El trapense no debe hablar, sino meditar.»

Los trapenses, monjes penitentes, no se ocupan de política, ni de educación, ni de nada que se refiera al mundo.

En realidad los trapenses pertenecen á la orden de San Bernardo, sometidos á reglas especiales y reunidos en una comunidad especial.

La palabra Trapa no tiene razón de ser más que en aquella casa, fundada en 1004 por Alain de Perche, duque de Normandía, en cumplimiento de un voto. En aquella época, el país, absolutamente inculto, era habitado por fieras y salvajes, particularmente esta parte del bosque ó valle. Se cazaba á las fieras con lazos para hacerlas caer en grandes fosos.

Estos fosos se llamaban trampas ó trapas, y de aquí el nombre de Trapa para la casa, y mas tarde el de trapenses. Durante algun tiempo en el siglo XI se llamaban padres barqueros, á causa del mismo duque de Normandía, Alain de Perche. Este fué un día sorprendido en el mar por una tempestad. Se dirigió á la Virgen Maria y la prometió edificar un convento si le salvaba la vida.

Cuando los primeros monjes construyeron la primera capilla, dieron á la cúpula la forma del casco de un buque, en memoria de aquel voto.

Tienen una biblioteca magnífica y un taller de tipografía muy completo.

En el mismo sitio existe una penitenciaría que dirigen los monjes.

Del Siglo.

Miscelánea.

Hé aquí un pleito original.

Un médico, el doctor Felipe, á consecuencia de un incidente de ferrocarril, ha reclamado daños y perjuicios á la compañía del Sudoes-te. Ganaba, ejerciendo la profesion 6.000 libras al año (de 25 á 30.000 duros) renta ó ganancia que no volverá á disfrutar á causa del estado de su salud. Así lo ha probado.

El jurado, ante el cual se veía el asunto, concedió al doctor 7.000 libras de indemnización; pero el doctor no se dió por satisfecho: entabló nuevas reclamaciones y ha obtenido que se le declarara con derecho á exigir de la compañía del ferrocarril 16.000 libras. La compañía ha apelado, y hé aquí su razonamiento.

«Cuando bultos humanos de un valor tan enorme se confían á su cuidado, no hay proporcion, dice, entre el ligero beneficio que obtiene y la pérdida posible. Un médico, un hombre de letras no paga más por su billete que el último de los viajeros.

Si llega sano y salvo al término de su destino, la compañía gana el importe del billete. Si acontece una desgracia, la compañía debe pagar una indemnización correspondiente á la pérdida que experimenta. Tiene pues, que precaverse contra un riesgo de esta naturaleza.

Declarándose el valor de las mercancías, y siendo éste grande, pagan más de lo que prescribe la tarifa ordinaria. A las personas que ejercen profesiones liberales nadie les obliga á declarar su valor. Si semejante obligación se les impusiera, la compañía las daría un billete mucho más caro que lo ordinario, y entonces y solo entonces podrían prosperar demandas como la interpuesta por el Dr. Felipe».

Este razonamiento no ha persuadido, sin embargo, al jurado, pero la compañía pica más alto y piensa nada menos que acudir en apelación al Parlamento.

El año de 1880 de la era cristiana en el que acabamos de entrar, es el 7,079 de la creación del mundo. Esta fecha, sin embargo, es incierta; porque hay unos doscientos cálculos diferentes acerca de la edad de nuestro planeta. Unos la fijan en 7,000 años cuando nació Cristo, otros en 3,700, otros en duración comprendida entre ambas fechas. Por otra parte, si Cubier solo daba al mundo de vida de 6 á 8,000 años antes del nacimiento de Cristo, los recientes descubrimientos de la ciencia nos permiten concederle una ancianidad más respetable.

Entre los cálculos más prodigiosos, los de los geólogos americanos merecen particular mención. Basados en el descubrimiento de bosques enterrados unos debajo de otros en terrenos de antiquísima formación hacen remontar el origen del mundo á una época mucho más remota que la señalada por las antiguas asiáticas religiones.

Pero volvamos al año 1880. No tenemos necesidad de recordar que es bisesto. La Pascua de Resurrección cae este año el 28 de marzo, es decir, diez días antes de la época en que esta solemnidad religiosa suele caer. En 1878 y en 1879 cayó respectivamente en los días 21 y 13 de Abril. Desde la adopción del calendario Gregoriano nunca se había celebrado la Pascua tan tarde.

En 1886 caerá todavía mas, el 25 de Abril, límite extremo á que no volveremos á llegar hasta el año 1943. Es sabido que esta movilidad se explica por el hecho de que segun las decisiones de los Concilios, los cristianos deben celebrar la pascua el primer domingo que sigue á la luna llena después del equinoccio de primavera.

Se anuncian para el presente año